

AMÉRICA, MAÑANA



Conciudadanos de EE.UU.:

Os hablo desde el Despacho Oval para llevar la esperanza hasta vuestros hogares y confortaros en estos tiempos de tribulación. Las sucesivas catástrofes que se han abatido sobre nuestra otrora gran nación siguen amenazándonos, pero mantenemos nuestra firmeza.

La zona de fertilidad negativa que es ahora el desierto Medio Oeste del país divide al este del oeste, pero la vida se está recuperando. Los valientes pioneros de la nueva Iglesia de Joseph están arrebatando Salt Lake City a los emponzoñados desiertos tal como lo hicieron en tiempos lejanos sus antepasados, y rezamos por ellos. Y puede que Nueva Orleans esté bajo tres metros de agua, pero no en vano la llaman la Nueva Venecia.

Aquí, en el corazón del gobierno, seguimos trabajando en estrecha colaboración con las megacorporaciones que hacen de este país el milagro económico que es hoy en día, para llevar la prosperidad y las oportunidades de progreso a todos los que quieran unirse a nosotros. Todos los desafortunados ciudadanos o los que desean ejercer su derecho democrático a vivir según su voluntad, sin importarles lo lejos que se encuentren de la como-

didad y seguridad de las ciudades corporativas, pueden quedarse sin problemas en sus chozas sabiendo que las nuevas fuerzas de Operaciones Autorizadas trabajan sin descanso para protegerlos de las bandas de motoristas y matones de la Zona Vedada.

La cadena de manifestaciones y acontecimientos aparentemente inexplicables u ocultos de los que hemos sido testigos recientemente muchos de nosotros es algo real. Incluso los científicos de nuestro Gobierno son incapaces de explicar gran parte de lo que está sucediendo. Nuestros líderes religiosos nos dicen que mantienen a raya a las entidades desconocidas que han infestado las redes de datos en forma de virus.

Un ciudadano preocupado por los hechos me preguntó hace unos días si creía que estábamos ante el fin de los tiempos, en los que Dios Nuestro Señor volverá a nosotros y nos extasiaremos ante su gloria, o si sólo nos está poniendo a prueba como un día lo hizo con su propio hijo. Amigos, yo no puedo responder a eso. Pero estoy firmemente convencido de que con la ayuda de Dios debemos trabajar, como siempre lo hemos hecho, para crear un futuro glorioso en esta hermosísima tierra.

Gracias a todos vosotros, y que Dios bendiga América.

Presidente Estévez

Ofrecido a los oyentes en colaboración con la
Corporación GenTech.

Al servicio de los intereses de EE.UU.

[Borrador para el discurso presidencial del 3 de julio
de 2021. Nunca llegó a transmitirse.]

¿Quién es la verdadera Benedicta?

Conocí una tal Benedicta que llenaba el mundo mismo con el Ideal y cuyos ojos resplandecían con el deseo de grandeza, de hermosura, de gloria y de todo lo que nos lleva a creer en lo inmortal.

Pero aquel milagro de muchacha era simplemente demasiado hermoso para vivir; murió, por lo tanto, apenas unos pocos días después de que la conociera, y yo mismo la enterré un día en que la primavera balanceaba su incensario incluso en los cementerios. Yo fui quien la enterró, bien guardada en un féretro de una madera aromática e imperecedera como cualquier cofre de la India.

Y mientras mis ojos permanecían clavados en el lugar de descanso de mi tesoro, vi de improviso a una criaturilla que mostraba un parecido de lo más singular con la difunta. Pisoteando la tierra recién excavada con violencia histérica y hasta cierto punto estafalaria, gritaba:

—¡Yo soy la Benedicta! ¡La auténtica bribona! ¡Y para castigarte por tu ceguera, y tu autoengaño, me querrás como soy!

—¡No! —chillé, enfurecido—. ¡No! ¡No! ¡No!

Y en la furia de mi negativa, pateé la tierra con tal vio-

lencia que la pierna se me hundió hasta la rodilla en la tumba recién cavada. Y como un lobo atrapado en una trampa, allí permanezco; sujeto, tal vez para siempre, a la tumba en la que mi Ideal todavía se pudre.

Da igual, no obstante; supongo que un trabajito rápido no sería totalmente imposible.

... con sentidas disculpas a Charles Baudelaire

Al público

Antes de descender entre vosotros para arrancaros los putrefactos dientes, vuestras orejas supurantes, vuestras lenguas llenas de llagas.

Antes de partir vuestros huesos podridos.

Antes de abrir vuestro vientre infestado por el cólera y extraer para usarlos como fertilizantes vuestro hígado excesivamente grasiento, vuestro bazo miserable y vuestros riñones diabéticos.

Antes de arrancar vuestros repulsivos órganos sexuales, incontinentes y viscosos.

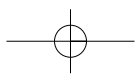
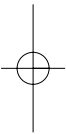
Antes de extinguir vuestro apetito por la belleza, el éxtasis, el azúcar, la filosofía, la pimienta y los pepinos matemática y metafísicamente poéticos.

Antes de desinfectaros con vitriolo, purificaros y apalizaros con pasión.

Antes de todo eso.

Tomaremos un buen baño antiséptico,
y os lo advertimos,
somos asesinos.

Manifiesto firmado por Ribemont-Dessaignes
y leído por siete personas en el Grand Palais
de los Campos Elíseos, París, 5 de febrero de 1920



Información preliminar: inmortales en Des Moines

Artie Newbegin miraba en el espejo del cuarto de baño, observando (según el recuento de la última vez que los había contado) cuatro mil doscientos treinta y nueve fragmentos de rostro que le devolvían la mirada.

Desde luego, aquel número hacía tiempo que había perdido ya cualquier significado; había estrellado un puño contra el espejo muchísimas veces desde entonces (se había roto tres dedos en la última ocasión, lo que había resultado realmente doloroso durante unos pocos segundos).

El moho volvía a estar descontrolado entre las rendijas, advirtió Artie, y se solidificaba sobre un cierto número de los fragmentos más pequeños. El efecto general era un tanto parecido a contemplar la superficie de una marisma cubierta de joyas.

De todos modos, no existía un motivo real para observar el espejo, no había nada que hacer o que valiera la pena hacer con cualquier cosa que pudiera encontrar allí, aun en el caso de que el rostro allí hecho pedazos se unificara de repente en algo intacto y completo.

Aquel rostro, ensamblado otra vez, sería el de un perfecto treintañero (la madurez primordial, el punto óptimo antes del humano vuelco metabólico al catabolismo) sin ningún rastro de contaminación por toxinas, ni siquiera una leve resaca.

Los dientes serían prístinos y estarían libres de caries y sarro, cortesía del Bug, que conocía la función de compuestos ostensiblemente inorgánicos en el cuerpo, y sabía, en general, distinguir entre bacterias benignas y malignas. La barba tendría una longitud fija y estaría un tanto descuidada, ya que el Bug nunca había conseguido del todo que su cabeza inexistente captara el concepto humano del afeitado.

Curiosamente, el pelo de la cabeza sería espeso, brillante y sumamente manejable. Todo el mundo tenía un pelo *fantástico* en ese momento, lo que podría o no decir algo respecto a quien fuera que diseñó el Bug en primer lugar, antes de que escapara. Casi con certeza había sido un hombre, y para empezar, con un caso agudo de calvicie masculina.

El baño estaba en un apartamento, y el apartamento, a través del cual soplaban el viento, se encontraba en un bloque situado en lo que en una ocasión había sido el centro de la ciudad de Des Moines. En realidad no habían cambiado muchas cosas, a pesar de la presión de los años dentro de la Contención. La vida era ruinoso, indudablemente, pero se iba tirando. Había coches en las calles y los autobuses efectuaban sus recorridos una vez de cada tres, la mayoría atestados con aquellos que todavía trabajaban en alguna u otra ocupación diaria.

«Hay que mantener el aspecto de normalidad», pensó Artie de un modo parecido a como él mismo se acostaba por la noche, cuando la Cúpula sobre sus cabezas se polarizaba a negro, y permanecía allí tumbado e insomne.

Y luego, por la mañana, entraba en el baño, incluso a

pesar de que no había nada que hacer allí, y llevaba a cabo las acciones que se suponía que debían efectuarse, antes de salir a matar.

La Furgoneta de Bienvenida era negra y de líneas elegantes, y parecía la muerte sobre ruedas. En los Últimos Días, los días anteriores al Bug del Arrebato, un vehículo de aquella naturaleza –utilizado para el mismo propósito general, por ejemplo, por alguna agencia gubernamental– habría estado camuflado en lugar de resultar evidente, adaptado para parecer una vieja furgoneta destartada de un panadero o cualquier cosa capaz de pasar desapercibida en el entorno.

Entonces, la visión de aquellas camionetas negras totalmente inconfundibles yendo y viniendo por las calles de Des Moines alegraba los corazones inmortales de la gente. Era algo parecido a lo que habría sido divisar un coche de bomberos en la época anterior al ataque del Bug. Las Furgonetas de Bienvenida eran un recordatorio constante de que alguien, en alguna parte, se preocupaba.

Las instalaciones de proceso y contención ocupaban casi todo el espacio en la parte trasera, y la furgoneta resultaba un tanto exigua para tres; la proximidad hacía que aquellos colegas que a uno podrían caerle bien por lo general, o al menos encontrar tolerables a cierta distancia, se convirtieran en la peor de las pesadillas.

Artie estaba en aquellos momentos apretujado en el centro del asiento entre Mico y Alex, y Mico les estaba mostrando su último truco por decimoquinta vez: estrellar los dedos contra la jamba de la escotilla de desagüe y retorcer la masa fracturada resultante hasta darle una apariencia medio reconocible de genitales masculinos –tal como él los recordaba–, antes de que los dedos volvieran a recomponerse gracias al Bug.

En la histeria que había seguido inmediatamente al ata-

que del Bug del Arrebato, después de que la Cuarentena y la Contención que constituirían la base de la Cúpula descendieran violentamente sobre todos, aquella clase de comportamiento se había vuelto de lo más corriente. En los círculos artísticos más eminentes –en la medida en que una ciudad como Des Moines había tenido un círculo artístico de alto nivel– había existido una breve moda por un tipo de modificaciones corporales que dejaban en evidencia al Teatro de la Mutilación...; breve, desde luego, porque los mecanismos de restauración del Bug habían convertido tales cambios en algo sin sentido, incluso en términos de vanguardia. Si las transformaciones no perduraban y nadie ganaba ni perdía lo más mínimo debido a ellas, entonces no servían de nada.

En la vida normal, desde luego, el mundo se había llenado durante un tiempo de personas que se arrojaban de los tejados de las casas o bajo las ruedas de los camiones, que se golpeaban unas a otras con mazos y hachas simplemente porque les daba la gana. Durante varios meses había sido un poco como vivir en un dibujo animado del Correcaminos sin la inventiva ni la gracia de éste.

De todos modos, los que sentían una inclinación natural a lanzarse bajo los camiones no tardaron en cansarse de la absoluta inutilidad de tal acción, seguidos paulatinamente por el resto de los Contenidos. Entonces, únicamente los auténticos tarados como Mico encontraban diversión suficiente en tales cosas como para perder el tiempo en ellas.

Alex conducía con una especie de concentración que le hacía apretar los dientes con energía, reprimiendo alocados impulsos que podrían haberla impelido a lanzar la furgoneta a través del tráfico, sin importar contra qué pudiera chocar..., y los impulsos más siniestros capaces de hacer que dirigiera el vehículo directamente contra una pared con la vana esperanza de que el suicidio tuviera éxito en esa ocasión.

En otro tiempo, Alex había sido funcionalmente mujer, y entonces lo parecía aún más en ciertos aspectos secundarios. Aunque hubiese resultado una mujer excesiva y estrafalaria desde el punto de vista de la época anterior al Bug, en ese momento, desde luego, era del todo normal.

Era simplemente otra de aquellas no muy bien desarrolladas personalizaciones globales efectuadas al genoma, que reforzaban la idea de que los míticos diseñadores del Bug habían pertenecido al sexo masculino. Artie se había preguntado vagamente, en más de una ocasión, si el entusiasmo con el que Alex se tomaba su trabajo podría proceder de alguna forma de impulso vengativo sublimado; no obstante, era mucho más probable que después de todo aquel tiempo Alex se limitara a trabajar sobre la mismas premisas que todos los demás: anotando las horas en su cuenta; matándose a trabajar.

Artie intentó hacer caso omiso de las payasadas más bien estúpidas de Mico fingiendo leer su tablilla a la vez que echaba una ojeada a la relación de aquellos seres afortunados que tenían lo suficiente en sus Cuentas como para justificar en esos momentos la atención de la Furgoneta de Bienvenida.

El sistema de comercio monetario era un modo tan bueno como cualquier otro de tantear, siempre y cuando existiera algún mecanismo para sortear tal proceso mediante la simple suerte.

Uno de los nombres de la lista estaba marcado con una menuda y alegre calavera con dos huesos cruzados. Se trataba de uno de los seres realmente afortunados, elegidos por completo al azar de entre la plebe, tanto si tenían suficiente en sus Cuentas como si no.

Hacía meses que a Artie no le entregaban un auténtico caso caritativo, y decidió que era justo lo que podía hacerle sentir más feliz con respecto al mundo, por muy pasajera que esa felicidad pudiera ser.

Se había sentido muy deprimido últimamente. Aquello podría ser justo lo que necesitaba.

Artie Newbegin se deleitó por un momento en la agradable sensación que proporciona un altruismo anticipado. Luego, entregó a Alex el objetivo y ella tecleó una ubicación.

Habían transcurrido unas horas. A Artie todavía le dolía el hombro; era una especie de dolor parecido al que provoca una herida fantasma, la misma sensación experimentada por las personas a las que habiéndoseles amputado un miembro todavía sienten como si éste siguiera allí. Necesitaría una buena media hora o más para que desapareciera.

El procedimiento se había iniciado bien. Habían aparcado la Furgoneta de Bienvenida en un espacio destinado a ella y se habían desplegado; habían localizado la posición exacta del cliente en su apartamento mediante ultrasonidos, habían abierto un agujero en la pared usando minas de abrazadera y habían penetrado en tromba al interior. Artie se había arrojado al suelo y había actuado en todo momento exactamente según las normas.

Se había actuado de forma rápida y repentina, o se perdía la mitad de la gracia. Artie había sujetado con grilletes los tobillos del objetivo contra el suelo, al mismo tiempo que los pernos electromagnéticos de conmoción se clavaban con fuerza en madera tratada y vieja. Luego se había apartado a toda prisa para que Mico pudiera empujar hacia atrás al objetivo como el matón de patio de colegio que, probablemente, en algún momento, había sido. Las aptitudes de Mico para aquella parte del procedimiento, y su conducta en general, lo sugerían plenamente.

Después, Mico y Alex habían sujetado al cliente –entonces ya era un cliente en lugar de un objetivo– mientras Artie usaba la sierra circular; a continuación, habían tirado hacia atrás de la parte superior del cuerpo, luchando contra los mecanismos direccionales fenomícos que ya en

aquellos momentos, por decirlo sin demasiadas sutilezas, se abrían paso.

Más grilletes de resorte en los brazos y luego de vuelta a la parte inferior del cuerpo para fijar con la clavadora las púas y garfios que lo sujetarían mientras ellos se ocupaban de la delicada cuestión de la cabeza.

No obstante, utilizar la sierra circular siempre era un asunto peliagudo, ya que era rápida pero imprecisa. Artie descubrió que había cortado una vértebra, cuya parte más pequeña eligió aquel momento para soltarse y salir disparada hacia la parte de mayor tamaño que seguía unida a la pelvis..., abriéndose paso a través del hombro de Artie a la manera de aquella clase de bala que, en los viejos tiempos, le dejaba los brazos colgando a la gente.

Y justo durante un instante, lo había hecho.

Había sido una herida chapucera y complicada, que había necesitado casi un minuto entero para que el brazo de Artie volviera a sujetarse y los daños físicos generales cicatrizaran. Las sutilezas inherentes a la curación de la lesión habían necesitado unos cuantos minutos más, y la torpeza de Artie había retardado la conclusión de la primera fase de la vivisección.

En resumidas cuentas, no había sido una muerte limpia. Habían perdido puntos en el cronometraje, puntos que nunca irían a parar a sus Cuentas.

Volvían a estar de regreso en la furgoneta, con el cliente perfectamente embalado en las celdas de contención Gen-Tech, y se dirigían al depósito, las múltiples escotillas de acceso estancas situadas en el lateral de la Cúpula.

Artie se dijo que a veces oía cómo la cabeza, las manos, los pies y las secciones articuladas del brazo traqueteaban y repiqueteaban dentro de las celdas, pero aquello desde luego era un disparate. Un fallo de contención hasta el punto de que incluso las ondas sonoras pudieran escapar

probablemente daría como resultado un estallido de células de fusión que arrasaría edificios (aunque, desde luego, no a la gente que estuviera en ellos) en ocho kilómetros a la redonda.

En el depósito, mediante procedimientos confidenciales y cuidadosamente controlados, destruirían por completo los distintos componentes subatómicos del cuerpo y se daría finalmente un respiro al afortunado cliente. Se pondría fin a una vida convertida en algo sin ningún sentido y que en general, en lo referente al modo en que los humanos calculan el tiempo, sencillamente no habría acabado jamás.

Los procedimientos eran en extremo caros y complejos, lo que explicaba que se utilizaran con relativa poca frecuencia, y también el motivo de que Artie, Alex y Mico —y en realidad todo ser viviente que habitara bajo la Cúpula de Cuarentena y Contención de Des Moines— trabajaran como esclavos con la esperanza de poder algún día costearse aquellos procedimientos.

Jamás se les había ocurrido preguntarse qué obtenía GenTech de la transacción, e incluso aunque se les pasara por la cabeza, era bastante dudoso que les preocupara.

No importaba. Nada importaba. Habían visto el futuro y lo que el futuro deparaba..., y no deparaba nada excepto una noche interminable e insomne de pequeñas resurrecciones no deseadas.

Configuración por defecto: instalación de herramientas

Las Hermanas Severcy los atacaron cuando pasaban por el control 9.

La banda les había estado siguiendo los pasos durante tal vez unos dieciséis kilómetros, acometiendo sin pausa a uno u otro de los escoltas en un ataque de sondeo para luego alejarse a toda prisa y evaluar la respuesta defensiva. Entonces, habían decidido cargar en pleno y venían por ambos lados.

–Las Hermanas son gente de poca monta –dijo Eddie Kalish, efectuando un veloz análisis de las especificaciones y estadísticas de reconocimiento de pautas que cruzaban raudas por la pantalla frontal de datos de su Testostorossa–. No son más que niñas resentidas. No se puede decir que tengan un auténtico poder destructivo. No les importa el Convoy de Cerebros; simplemente vienen en pinza a eliminar al que va en cabeza.

–*Estupendo* –dijo el Testostorossa, cuyos diodos ondeaban por el visualizador de voz–, *pues parece que somos nosotros. ¿Qué es lo que te sucede, mariposón? ¿Es que eres demasiado niña para joder a unas muchachitas?*

–Sólo pienso que es una pérdida de tiempo.

Interiormente una gran parte de Eddie gimió. Todas aquellas estupideces de macho no las pensaba en serio, pero el Testostorossa empezaba a molestarle. Comenzaba a pensar que matar gente con una ocurrencia estúpida en los labios era sencillamente un puro asesinato.

Una chica vestida con un traje desgarrado de cuero y púas se inclinó desde su *quad* a través de la ventanilla de la escopeta y blandió lo que parecía una copia exacta de un mangual medieval. Tenía un aspecto muy letal, pero el extremo contundente rebotó en la carrocería de carbono monoatómico del Testostorossa sin hacer la menor mella.

La Hermana hizo una mueca de despecho. No podía tener más de dieciséis años.

–De todos modos –indicó Eddie–, las chiquillas no están lo bastante bien equipadas como para hacernos daño.

–Claro, pero atraen la atención sobre nosotros –respondió el Testostorossa–. *Hay muchos de otros cabrones ahí fuera, esperándonos... y éstos están armados con artillería lo bastante pesada como para enviarnos a hacer puñetas.*

Aparentemente de motu proprio, escopetas multidireccionales asomaron al exterior, se bloquearon en posición y cargaron.

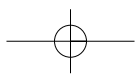
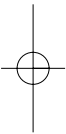
–Voy a quitarnos a esas perras de encima ahora mismo –anunció el Testostorossa–. *Tú límitate a mantener esa cabeza de chorlito tuya concentrada en conducirme.*

Eddie apretó la turbo aceleración y suspiró. ¿Cómo demonios había llegado a meterse en aquello?

Primer cuadrante falla de Las Vitas

Desde la entrada, una pipa dijo «¡pum!» y una bala me peinó una raya en un lado del coco. Luces de neón estallaron en el interior de mi sesera... Ella estaba tan muerta como una mangosta disecada... Yo no estaba herido de gravedad. Pero no me gusta que me disparen, y no me gusta que le den el pasaporte a una dama cuando la estoy cortejando.

«Killer's Harvest»,
Spicy Detective,
julio 1938



Radio Nadie

—Aquí las Noticias de la WWXZY, cada hora a la hora en punto; patrocinadas por Big Easy Gumbo,¹ cuencos humeantes de sustancioso pescado tal como lo preparaba tu rechoncha mamaíta. Big Easy Gumbo forma parte de Industrias Eidolon, S.A. Big Easy Gumbo y Tu Rechoncha Mamaíta son marcas registradas. Reservados todos los derechos.

»Y nuestra noticia principal, desde luego, son los rumores de que la número uno de la lista de éxitos, la *break-dance-girl* Freak-E, ha roto con su mánager de toda la vida y novio, Slee-Z. Se dice que Freak-E, que actualmente ocupa el primer puesto en las listas de descargas de la red de todas las corporaciones con su gran éxito internacional *Sé mi chulo*, está deshecha y no quiso hacer ningún comentario. A Slee-Z, por otra parte, le faltó tiempo para hablar ante nuestros reporteros, que le esperaban: “Eh tú, zo..., ¿dónde está mi jo... dinero, eh? ¿Te crees que te voy a convertir en una estrella y luego dejar que se la chu... al pri-

1. Big Easy es uno de los nombres por los que se conoce a Nueva Orleans y *gumbo* es un plato típico de la cocina criolla y cajun. (*N. de la t.*)

mero que aparezca? Piénsatelo mejor, zo... Ten mucho cuidado”.

»Las últimas informaciones sugieren que actualmente Freak-E mantiene conversaciones con el rey del mundo del hip-hop de Nueva York, Gran Jefe X, para que la represente. Podéis apostar a que os traeremos más noticias sobre esto a medida que se vayan sucediendo, amigos.

»Otras noticias. Al otro lado del charco, en la vieja y alegre Inglaterra, el jefe de la Leal Oposición a Su Majestad ha criticado el apoyo del primer ministro Peter Mandelson al bombardeo de saturación de las Repúblicas Confederadas del Congo por parte de Estados Unidos como citamos textualmente: “La acción de un engendro tontorrón y cobarde, tan imbuido en la chifladura del presidente de Estados Unidos que haría falta un pico para arrancarlo de allí. El mundo sería un lugar más decente si se hubiera escurrido por las piernas de su madre”.

»El presidente no quiso hacer ningún comentario, y el primer ministro está en la actualidad fuera del alcance de nuestros reporteros. No obstante, el gran jefe de la política británica, sir John Lennon, ha declarado que: “Este arranque sencillamente no tiene nada que ver con el modo en que hacíamos política en mis tiempos, y me avergüenza profundamente que se pueda considerar que ese hombre, por ser miembro del partido, tenga en absoluto cualquier conexión conmigo. Deseo desvincularme por completo de ese execrable pedazo de mie... y sus declaraciones”.

»¡Bien dicho, Johnny! Sacude a los Comunes.

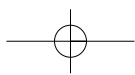
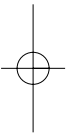
»Más cerca de casa, se ha encontrado ya la explicación al misterioso brote de alucinaciones en masa en Los Bolívaros al desclasificarse filmaciones que muestran a agentes destinados temporalmente a la DEA quemando campos de coca modificada genéticamente como parte de una operación conjunta con Seguridad Internacionale. Los efectos alucinógenos de las toxinas liberadas por un cultivo desti-

nado a convertirse en el componente principal de toda una nueva variedad de crack de diseño, convencieron a los aturdidos vecinos de que las mismísimas fauces del infierno se habían abierto para escupir criaturas no nacidas de hombre o mujer, engendros de la Sempiterna Noche Aullante.

»Las hemorragias incontroladas de ojos y oídos de los habitantes del lugar fueron puramente psicósomáticas; creer que criaturas surgidas de la Sempiterna Noche Aullante realmente existen, de cualquier manera, forma o modo, sería sencillamente de majaras.

»"Además –dice el Zar de las Drogas Karena Gore Schiff–, cualquiera que estuviera allí para ser realmente testigo de esas alucinaciones no podía ser más que escoria que traficaba con drogas, y dispararles a la cabeza para poner fin a su sufrimiento fue mucho más de lo que se merecían".

»Éstas son las principales noticias por el momento. Ahora, aquí está Freak-E con *Sé mi chulo*.



1.

Eddie Kalish se arrastró sobre el vientre y bizqueó para mirar a través de la lente buena de sus anteojos protectores. Los había recogido, hacía más o menos un año, de los restos triturados de un solitario recadero en motohoz que ya no los necesitaba.

El coyote mutado que había matado al recadero no los había querido y los había dejado en el cadáver después de haberse alimentado.

Los coyotes no tenían ni el cacumen ni la destreza manipuladora para tratar con la tecnología auténticamente humana. Se limitaban a montar aquellos toscos y estúpidos, aunque increíblemente complicados, aparatos para dejar caer rocas sobre la gente, sin siquiera comprender exactamente el motivo.

La lente estropeada de los anteojos estaba agrietada e incrustada de sustancias químicas de cristal líquido que rezumaban de las múltiples capas de cristal de plomo. La lente buena, no obstante, todavía era capaz de rastrear y fijar un blanco, de acercarse rápidamente imágenes y ampliarlas con cierto grado de nitidez.

Eddie aplicó el zoom, de un modo un tanto torpe, más

allá de la meseta, en dirección a la llanura situada detrás, donde se estaba destrozando sistemáticamente acero, polipropileno y carne.

Los colosales remolques de un tráiler de una tal Corporación GenTech habían caído en manos de unos salteadores, una variedad de banda que, mediante una tortuosa red de hombres de paja y dobles pantallas, mantenía una conexión con algún patrocinador de una corporación legalmente constituida. El patrocinador proporcionaba financiación y un mercado para el botín, lo que significaba que el asalto a gran escala resultaba factible, en contraposición a la destrucción de tonterías de poca monta por el simple placer de hacerlo.

Los salteadores habían planeado aquello activamente, tal vez durante meses. Quienquiera que los financiara los había equipado a conciencia.

El corredor que iba delante del tráiler, en su brioso Toledo, había pasado directamente por encima de indetectables cuchillas de fibra de carbono para neumáticos, y había ido a parar contra barreras de protección que se alzaban mediante servos de efecto inmediato. A los escoltas los habían eliminado con lanzaproyectiles STS montados sobre los hombros, cerrando el radio de giro, y a la unidad móvil de control y mando, con fuego de mortero, lo que había dejado al convoy de remolques totalmente inmovilizado.

Los asaltantes se habían aprestado, entonces, a abalanzarse sobre su presa... pero se encontraron con que habían caído en su propia trampa. Con la sacudida de las detonaciones, tres de los remolques se habían partido a lo largo de líneas de fisura pretensadas para dejar al descubierto tropas de asalto de GenTech equipadas con armamento pesado.

En el mundo de la física, las fuerzas equivalentes tienden al equilibrio, pero cuando se trata de humanos en posesión de armamento pesado, el equilibrio de fuerzas ocasiona un auténtico caos de sangre.

Eddie decidió dejar que se las compusieran solos. Únicamente cuando el último cuerpo —o las partes que lo componían— quedó inmóvil, se incorporó y se marchó en dirección al pequeño y abollado vehículo de recreo Kraut Karrier, que era todo lo que poseía en el mundo, y desde allí descendió por el sendero de tierra que iba de la meseta a la llanura.

Un proyectil de mortero mal dirigido había destrozado por completo el camión de arrastre, de modo que incluso si un asaltante o un soldado hubieran sobrevivido en un estado lo bastante bueno como para conducirlo, el tráiler multi-remolque no habría ido a ninguna parte.

Uno de los colosos refrigerados, uno de los que había transportado la carga en lugar de soldados, tenía una brecha y por ella se derramaban órganos humanos empaquetados. Muchos de los paquetes estaban reventados y empezaban a estropearse bajo el calor de Nuevo México. El olor atraía ya exploradores procedentes de las jaurías de perros asilvestrados que vagaban por el páramo.

Eddie alzó un rifle automático y apuntó a uno de los exploradores caninos, preparado para vaciarle encima todo lo que contuviera el cargador, pero el perro se fijó en él y retrocedió de mala gana. Las cosas serían distintas cuando llegara la jauría, pero por el momento un perro solitario no era rival para un humano armado.

Eddie se sintió aliviado, pues de todos modos no estaba muy seguro sobre cómo hacer que funcionaran los más bien sumamente complicados mecanismos de control del rifle. Por otra parte, el arma seguía encadenada a la masa sorprendentemente pesada de un antebrazo seccionado, y no se sentía con ánimo para despegarla.

Dejó caer el brazo y el arma sobre el polvo empapado de sangre y bajó la mirada hacia su anterior propietario. El tipo estaba destrozado y paralizado, pero todavía le quedaba un atisbo de vida; era uno de los salteadores.

A Eddie siempre le había desconcertado el modo en que algunas personas podían echar un vistazo a los miembros de una banda, leer la hormigueante masa de insignias y tatuajes, y soltar: «¡Ajá! ¡Éstos sin duda alguna pertenecen al clan de la Víbora Saltarina, que opera en el exterior de los barrios de Los Palamos y es el azote de la zona situada entre los controles 703 y 709, ambos incluidos, de la interestatal!», y cosas parecidas.

Tenía la firme sospecha de que, puesto que el único modo en que se podía escapar de una banda era matando a todos sus miembros, uno podía decir lo que le viniera en gana después de hacerlo; por lo tanto, las personas que habían logrado escapar sencillamente se inventaban todos aquellos nombres tan malsonantes.

A uno le daba más prestigio decir «acabamos de eliminar a los temidos Rorcuales de Tungsteno», que «Jeb y Earl Terwilliger y un puñado de sus viejos camaradas intentaron atacarnos con escopetas, pero nosotros teníamos una Gatling, de modo que los masacramos»; eso era seguro.

Todo lo que Eddie Kalish vio al bajar la mirada hacia el salteador fue un saco de porquería enorme y de aspecto miserable que podría haberle hecho a él, Eddie Kalish, un agujero nuevo para usarlo como cenicero, de haber disfrutado de alguna clase de movilidad.

—¡Basura carroñera de jodida rata bastarda! —chirrió el salteador mientras Eddie registraba lo que quedaba de sus ropas en busca de algo que pudiera utilizar—. Sólo servís para reptar hasta aquí como gusanos y robar a los muertos.

—Bueno, sí. —Eddie examinó el afilado y bien cuidado cuchillo de monte que había desenterrado—. Es un modo de ganarse la vida.

Mientras dejaba al salteador a su suerte, Eddie se sentía bastante a gusto consigo mismo, como si se hubiera abstenido de rajarle el cuello al herido debido a un profundo

sentimiento moral en lugar de por la simple razón de no haber tenido agallas para hacerlo.

Más cerca de la parte central de la humeante carnicería, los cuerpos se veían mucho menos intactos y tan muertos como era posible estarlo.

Había una fortuna en armamento, tanto de los soldados como de los salteadores, y parecía estar más o menos intacto, pero Eddie no le prestó atención. Un cuchillo de monte estaba bien, era útil; en cambio, si se llevaba algo más que eso, nadie con quien se tropezara permitiría que siguiera viviendo, por mucho que se arrastrara y suplicara por su vida.

Eddie buscaba comida y medicamentos, mercancías que podía usar y vender a las pocas personas que conocía capaces de agradecerse, al menos lo suficiente como para hacer un trueque, si era el caso que no pagaban en efectivo. Había una chica allá en Las Vitas, eso era seguro, que correspondería a una dosis de antibióticos de acción rápida y efecto inmediato justo del modo que la obligaba a necesitar la dosis para empezar...

«Algo no está bien.»

Eddie podría ser una rata bastarda carroñera, pero uno no sobrevivía los casi diecisiete años que tenía yendo en contra de aquellos instintos ratoniles.

Permaneció allí inmóvil, medio acuclillado, con los oídos aguzados y alerta para captar el sonido que no había sonado como debía entre el crujir de revestimientos reventados de los enormes remolques, el chisporroteo de las llamas y los aullidos lejanos de perros asilvestrados.

Volvió a oírse. Era un ruidito metálico, quedo y tenebroso. No se trataba de los sonidos involuntarios de alguien que seguía, de algún modo, con vida y con fuerzas suficientes para ir a por uno; eran más bien los sonidos de alguien que intentaba, débilmente y contra toda esperanza, pedir ayuda.

Provenía de uno de los remolques que no habían contenido tropas, aunque de su escotilla reventada tampoco surgía un montón de desperdicios producto de la ingeniería genética.

Con cautela, con los reflejos en tensión para tener ocasión de retroceder ante cualquier señal de peligro, Eddie se acercó más.

Incluso el joven habría estado en un apuro para expresar lo que esperaba encontrar, aparte de dar satisfacción a la simple curiosidad ratonil que por el momento no le costaba nada satisfacer. A lo mejor había un cargamento increíblemente especial y valioso allí dentro, cuya naturaleza ni siquiera era capaz de empezar a imaginar.

Al final, la naturaleza del cargamento sobrepasó todo aquello que apenas había presumido.

El interior del remolque parecía una mezcla de palacio y centro médico, aunque por lo que Eddie sabía, aquél era el aspecto que siempre tenían las habitaciones de los ricos cuando iban a parar al hospital. Había accesorios de latón y colgaduras de seda de aspecto anticuado, y una cama enorme de cuatro postes con dosel.

En la cama, conectada a bolsas de sangre y unidades médicas que emitían continuos pitidos, se veía la figura marchita e inconsciente de un anciano. Había algo en el cuerpo que parecía inquietantemente raro y equivocado: aquella curiosa peculiaridad de permanecer totalmente inmóvil a pesar de seguir vivo que presentan los casos de coma.

Eddie no lo advirtió especialmente, y le importó aún menos. Tenía los ojos clavados en la chica que estaba sentada, o más bien desplomada, junto a la cama.

Llevaba puesto un... Realmente había que denominarlo «disfraz», en lugar de vestido o uniforme. Era un disfraz de enfermera: el vestido, ya corto de por sí, remangado un centímetro o más para mostrar la seda negra de las bra-

gas, ligas sobre medias negras y tacones de aguja. Había una carrera en una de las medias.

El disfraz intentaba contener, aunque fracasaba de un modo espectacular, unos pechos que parecían tener una fuerza de gravedad propia; desde luego, atraían los ojos de un tal Eddie Kalish. Pezones del tamaño de uvas pequeñas presionaban contra la fina tela como si estuvieran desesperados por abrirse paso al exterior. El conjunto estaba rematado por una pequeña y desenfadada cofia posada sobre cascadas de pelo rubio platino, y por cosméticos que daban un efecto libidinoso exagerado. El lápiz de labios de color rojo brillante, por ejemplo, estaba aplicado de un modo que sugiriera que la persona que lo llevaba había dejado una gran parte de él sobre lo que fuera que acabara de chupar.

El resultado final era, en efecto, algo capaz de conseguir que aquella porción de la raza humana poseedora de un cromosoma Y aullara como uno de los perros del exterior que se acercaban y se enamorara al instante. Al menos, durante un tiempo. O tantas veces como se le permitiera.

En fin, era una lástima que la chica hubiera recibido un disparo en el vientre, metralla de la bala perdida que había penetrado por la escotilla del remolque. Se movían cosas alrededor del agujero.

Sin embargo, contra toda posibilidad física humana, la muchacha seguía viva.

—Por favor... —dijo con voz ronca a Eddie mientras éste la contemplaba horrorizado y con ojos desorbitados—. Llévanos..., llévanos a GenTech. Tanto dinero como quieras..., más dinero del que puedas imaginar... Sólo llévanos a GenTech.